

EL MEJOR DE LOS MUNDOS POSIBLES Variaciones sobre textos de Leszek Kolakowski (“Si Dios existe...”) y Albert Camus (“El hombre rebelde”)

Sea o no razonable creer en Dios, no resulta convincente depositar la fe en las astucias de la argumentación escolástica. El apremio de muchos mandarines de lo absoluto no ha hecho más que trajinar en vano el escarpado precipicio que salta a Dios. Ese precipicio, intransitado y quizá intransitable, ha empujado a apostar por un sentido, a veces con tintes salvíficos, que pueda brindar un poco de luz en medio de la oscuridad. La apuesta de Agustín probablemente fracasó. Todo profetismo es peligroso. El salvoconducto de la noción de un Dios –su licencia y su límite– parece radicar en la insondabilidad de su justicia, insobornable frente a la tentativa de alegatos o descargos. ¿Será que el perfecto ateísmo es el último peldaño que lleva a la fe, como le respondió Tijón a Nicolas Stavrogin, en *Los Posesos* de Dostoievski? Inútil es domesticar el apetito de una revelación o asumir su vaticinio; aunque una acometida de esta naturaleza es estéril y menoscabante. Se exige garantías, justificaciones y compensaciones, pero éstas naufragan ante el inexcusable escándalo de un mundo precario y contingente. Se manipula el peso del arbitrio divino, invocando, según sea el caso, a la ira o a la misericordia ante la ominosa levedad del ser humano. Se embrolla entonces el destino en un firmamento escatológico, apelando al aval de lo divino para santificar la supuesta armonía moral de cuanto somos. ¿Es válido reclamarle fuero de legitimidad a la voluntad de Dios? Puede resultar enojoso, pero toda tentativa al respecto es inútil. La atribución de benevolencias o de aviesas intenciones a la divinidad naufraga por igual en la imposibilidad de cualquier intento de comprobación. Kolakowski, al revisar la teodicea de Leibniz, nos advierte que la prueba sobre la existencia de Dios “no nos dice nada con respecto a la bondad del creador y no excluye por sí misma la aterradora posibilidad de que en realidad sea un ser maligno”.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Kolakowski, Leszek, *Horror metaphysicus* Trad. de José Miguel Esteban Cloquell, Editorial Tecnos, Madrid, 1990, p. 95.

¿Es éste el mejor de los mundos posibles? Ya Nietzsche nos puso a resguardo de los embustes del entendimiento racional, su avidez por soslayar los trágicos resortes de un destino falto de certezas y sentidos. Kolakowski nos recuerda, también a propósito de Leibniz, que éste vislumbró en Dios a un celoso matemático que, tras ponderar las dichas y desdichas de todos los mundos a su alcance, optó por aquel donde el caudal del bien superaba al del mal.<sup>2</sup> La encrucijada, entonces, desnivela su balanza a favor de un Dios cauteloso y benevolente. Ese dictamen ciertamente no resulta cómodo para quienes avizoran en mitos y deidades itinerarios de consolación frente a la displicencia desoladora del universo ante lo humano, con sus sufrimientos, decrepitudes y derrotas.

“Entiéndeme, no es a Dios a quien rechazo, sino al mundo, al mundo creado por Él”<sup>3</sup>, dijo Iván Karamazov, epítome de la zozobra luminosa del nihilista. ¿Será éste el mejor de los mundos posibles? Nada parece abrir a una respuesta. No renegamos de cuestionar la solvencia seductora de la fe, aunque su tentativa resulte incierta; pero reconocemos que nuestras convicciones más ardientes suelen naufragar en lo finito, en ese agónico conjuro por hacer del minúsculo universo del hombre un indómito e infinito corazón. Como dice el Chandogya Upanishad: “El pequeño espacio dentro del corazón es tan grande como el vasto universo”.<sup>4</sup>

---

<sup>2</sup> Véanse: Kolakowski, Leszek, *Horror metaphysicus* Trad. de José Miguel Esteban Cloquell, Editorial Tecnos, Madrid, 1990, p. 93, y también, Kolakowski, Leszek. *Si Dios no Existe... Sobre Dios, el diablo, el pecado y otras preocupaciones de la llamada filosofía de la religión*. Trad. De María Sansigre Vidal, Editorial Tecnos, Madrid, 1985, p. 20.

<sup>3</sup> Dostoievsky, Fiodor. *Los Hermanos Karamazov*. Trad. De Agustín Vidal, Editorial Cátedra, Madrid, 1987, p. 384.

<sup>4</sup> Citado en Kolakowski, Leszek. *Si Dios no Existe... Sobre Dios, el diablo, el pecado y otras preocupaciones de la llamada filosofía de la religión*, Trad. De María Sansigre Vidal, Editorial Tecnos, Madrid, 1985, p. 102.

## TERRA INGLESA: ANTICIPO PARA UNA ANTOLOGÍA DE SWINBURNE

A partir *La Imaginación Romántica*, C.M. Bowra

La literatura de la época no fue inmune a su contexto. El escenario de la revolución industrial en la Inglaterra victoriana imprimirá huellas indelebles que reavivarán el impulso creativo a lo largo del siglo. Después de los románticos, que alcanzaron las cimas más altas de la poesía, emerge una nueva generación que deberá asumir las luces y las sombras de este período. Estamos hablando de figuras como Alfred Tennyson, Matthew Arnold, Dante Gabriel Rossetti, Robert Browning, Gerard Manley Hopkins y Algernon Charles Swinburne. Estéticas divergentes y nítidas que buscan rejuvenecer la lengua y asumir un punto de vista crítico ante una sociedad cuyas estructuras se desplazaban con un dinamismo no visto en siglos anteriores. Browning y Hopkins son hombres de fe y poetas de intensidad filosófica; Tennyson, un enamorado de la vieja saga; Rossetti, un notable pintor y traductor de Dante.

Bowra, en *La Imaginación Romántica*, afirma certeramente que Swinburne, Morris y los hermanos Rossetti, “en revuelta contra su edad”, emprendieron vuelo hacia universos imaginarios donde la vida asomara con mayor riqueza. Y agrega que “como Keats, se rebelaron contra el espíritu científico y como Coleridge saborearon el hechizo de lo remoto y lo extraordinario”.<sup>5</sup>

Una parte entonces de la poesía victoriana retomará los ideales de los románticos. Buscará ante todo revitalizar la singularidad del individuo, sus anhelos, vivencias e intuiciones. Existe un incontrovertible fervor por la imaginación y la confianza en el poder expresivo de la palabra. La nueva estética optará en ocasiones por un tono intenso, con poemas de largo aliento; a ello sumará riqueza prosódica, velocidad y una gama de imágenes muy rica.

---

<sup>5</sup> Bowra, C.M. *La Imaginación Romántica*. Trad. De José Antonio Balbontín, Editorial Taurus, Madrid, 1972, p. 218.

\*\*\*

Algernon Charles Swinburne compartió afinidades filosóficas con figuras como Epicteto y Lucrecio; fue, asimismo, un fervoroso admirador de Esquilo. Su poesía, muy visual, de enorme maestría prosódica, es una amalgama de claros y oscuros. Despreciaba el conservadurismo de su tiempo e hizo gala de un republicanismo radical. Su destino, malgrado por el desequilibrio psíquico, le imprimió un áurea trágica. En sus mejores páginas, oscilando en distintos registros, desde una sugestiva melancolía a un abierto y desenfadado erotismo, asentó una personalidad controversial. Swinburne defendió que la experiencia artística era un fin en sí mismo y asimiló su vocación a un oficio destinado a indagar nuevas dimensiones para la imaginación. Hay, sin duda, una tensión dramática en sus versos, con la vida abriéndose de par en par bajo pulsiones elementales y erosionantes. En ocasiones se palpa una estela de inquietud y pesar, especialmente sobre un destino ensombrecido por la injusticia y el sufrimiento y del cual los dioses son culpables. Se suele hablar del dandismo y el satanismo de Swinburne, como también del influjo que en él tuvo Baudelaire. Lo cierto es que la intensidad no deja lugar al sosiego en su poesía, con un impulso apremiante y sobrecogedor, cincelandó una voz original y potente.

\*\*\*

En esta antología por anticipo he querido ofrecer una pequeña muestra de la obra de Swinburne, prácticamente desconocida en Sudamérica por falta de traducciones. Valéry, según nos recuerda Octavio Paz, sostenía que la traducción poética apunta a producir “con medios diferentes efectos análogos”. A eso he aspirado en estas versiones: ejercicios imitativos (especialmente en “Ave Atque Vale”, a medias entre la reescritura, el homenaje y la traducción), desdoblamiento gozosos, poemas a cuatro manos. Mis versiones, además, han intentado dialogar con versiones anteriores que he tenido a la vista y cuya lectura marcó un impulso y un estímulo. Ciertamente me siento en deuda con ellas: en “El Mar”, particularmente, con la excelente traducción de María Manent; en “El Jardín de Proserpina”, con la no menos notable rendición de J.R. Wilcock.

## EL MAR (Fragmento de El Triunfo del tiempo)

Retornaré a ti, madre generosa y dulce,  
amante de los hombres, escondida bajo las aguas del mar.  
A tus profundidades bajaré, lejos de los hombres,  
besándote y fundiéndome a ti,  
aferrándote y estrechándote;  
oh madre altiva y blanca, que en días pretéritos  
naciste sin hermanos ni hermanas;  
deja que tu alma libre deje en libertad a la mía.

Oh altiva madre mía, ataviada de verdes,  
bajo las aguas del mar, vestida por el sol y la lluvia,  
tus besos dulces y resueltos son fuertes como el vino  
y tus abrazos, como el dolor, son hondos y vastos.  
Sálvame y ocúltame con todas tus olas,  
encuentra una tumba para mí junto a los miles de fríos sepulcros  
que yacen en tus profundidades  
y que fueron forjados sin necesidad de los hombres  
para un mundo sin mancha.

Dormiré, surcaré tus aguas junto a los barcos,  
seguiré el curso de tus vientos y mareas,  
mis labios harán un festín en la espuma de tus labios;  
levántame y cálmame.  
Duermo y no pregunto de dónde eres o adónde vas,  
plenos de vida mis ojos y mis cabellos,  
como una rosa colmada en cada pétalo  
de brillo, fragancia y orgullo.

Y esta tejida vestidura mortal de las noches y los días  
aunque alguna vez fue desatada de mí,  
desnudo y contento zarparía hacia tus confines,  
lleno de vida, abierto a ti y a tus senderos,  
limpio del mundo entero, buscando refugio en ese hogar  
engalanado de verdes y coronado por la espuma,  
sintiendo el pulso de la vida en tus estrechos y bahías,  
como una arteria en el corazón de las corrientes del mar.

## EL JARDÍN DE PROSERPINA

Aquí, donde el mundo se acalla;  
aquí, donde todas las aflicciones  
se agolpan como olas exhaustas,  
o como vientos moribundos  
en dudosos sueños de sueños.  
Ve alzándose la verde campiña  
en tiempos de cosecha y en tiempos de siega;  
un dormido mundo de arroyos.

Cansado estoy de la tristeza y la alegría,  
de los hombres que ríen y sollozan,  
y del destino que aguarda a sus cosechas.  
Los días y las horas me fastidian,  
marchitos capullos de flores estériles,  
y también los anhelos, poderes y deseos;  
dormir, sólo quiero dormir.

Aquí la vida tiene a la muerte por vecina,  
lejos de la mirada o del oído, en otras regiones,  
resuena el sollozo de las olas y de los vientos  
empujando al espíritu en frágiles embarcaciones.  
A la deriva, en manos de nadie.  
Pero aquellos vientos no soplan aquí,  
del otro lado del mundo,  
donde nada florece.

No brota el marjal ni el arbusto;  
no hay brezos ni vid;  
entre débiles juncos donde las hojas no retoñan ni prosperan  
sólo capullos sin florecer de amapolas,  
verdes uvas de Proserpina,  
para que ella exprima y entregue a los muertos  
su vino mortal.

Pálidos, innumerables, sin nombre,

inclinándose en opacos campos de mieses  
durante toda la noche,  
almas tardías,  
no acunadas en cielo o infierno alguno,  
abatidas por la neblina y las tinieblas,  
agolpándose en la oscuridad.

Por fuerte que sea nuestra vida  
también algún día habremos de morir,  
sin ser ángeles, si ascendemos al cielo,  
ni sufriendo dolores, si caemos al infierno;  
pero la belleza que hay en nosotros  
habrá de oscurecerse hasta cerrarse  
y nuestro amor, ya en reposo, tocará su fin.

Ahí se yergue, más allá del umbral,  
coronada de yermas hojas,  
reuniendo toda cosa mortal  
que llegue hasta sus frías e inmortales manos.  
Ahí se yergue, temida por el amor  
a quien supera en dulzura,  
acercando sus labios  
a tantos hombres de tierras y tiempos diversos.

A la espera de todos nosotros,  
nacidos para morir,  
ella nos hace olvidar esta tierra, nuestra madre,  
la vida de los frutos y las simientes.  
La primavera, la semilla y la golondrina  
emprenden vuelo y la siguen,  
cuando el sonido del verano se ahueca  
y la vida se recoge.

Ahí van los amores que marchitan,  
los antiguos amores con alas abatidas,  
los años perdidos, las cosas abortadas.  
Moribundos sueños de inhóspitos días,  
ciegos capullos congelados por la nieve,  
hojas salvajes arrastradas por los vientos,  
sangriento tráfago de ruinosas primaveras.

Ni los dolores ni las alegrías son seguros;  
el presente ha de morir en el mañana  
y no hay señuelo que pueda doblegar el señorío del tiempo.  
El corazón, decaído y descontento,  
con labios acongojados suspira;  
sus ojos abatidos y olvidadizos  
gimen por los amores ya idos.

Aunque sea grande nuestro apego a la vida,  
buscamos liberarnos de esperanzas y temores;  
por eso agradecemos  
a cualquiera de los dioses  
que ninguna vida alcance la eternidad,  
que el dormir de los muertos nada lo perturbe,  
que hasta el río menos generoso  
haya siempre de retornar al mar.

Entonces no habrá soles  
ni cambio de luz despertando:  
no habrá aguas tumultuosas  
ni sonidos ni paisajes:  
tampoco habrá días, estaciones, o seres luminosos;  
sólo el eterno sueño  
de una eterna noche

## AVE ATQUE VALE: EN MEMORIA DE CHARLES BAUDELAIRE

¿Debo derramar una rosa, un quejido o un laurel,  
oh hermano mío, sobre éste que fue tu velo?  
Quizá desees una flor apacible modelada por el mar  
o una filipéndula, germinando lentamente,  
de aquellas que las Dríadas, dormidas en verano, solían tejer  
antes de ser despertadas por la suave y repentina nieve de la víspera.  
Tal vez prefieras marchitarte en el ardiente  
regazo de la tierra, entre pálidos capullos, consumido  
por el calor de amargos veranos, aunque más dulces  
que las orillas de una inhóspita playa del norte.

Orgullosa y tenaz  
ondeabas en la gloria de soles y firmamentos;  
tus oídos estuvieron atentos al suspiro vagabundo,  
al sollozo del mar en agrestes promontorios,  
al estéril beso de las olas,  
al murmullo de la tumba de Leucadia,  
con sus hondos cantos.  
Ah, el beso yerto y salado del mar,  
el triste clamor de los vientos oceánicos abrazando golfos,  
acosándonos y anegándonos,  
como ciegos dioses que ignoran la misericordia.

Fuiste tú, hermano mío, con tus viejas anciones,  
quien adivinó secretos y dolores vedados al hombre,  
amores salvajes, frutos prohibidos y venenosos,  
desnudos ante tu ojo escrutador  
que fulgura en la tiniebla sin aliento.  
Toscas cosechas en tiempos de lascivia:  
pecado sin forma, placer sin palabra.  
Turbulentos augurios se agolpaban en tus sueños  
y hacían cerrar los afligidos ojos de tu espíritu.  
En cada rostro viste la sombra  
de aquellos que sólo siembran y cosechan hombres.

Oh corazón insomne, oh alma fatídica incapaz de conciliar el sueño;  
el silencio quisite, mezuino ante el curso de la vida,  
¡has abjurado del amor, la serenidad, el espíritu de lucha!  
Ahora los dioses, hambrientos de muerte,  
alma y cuerpo nos arrebatan, la primavera, nuestras melodías.  
El amor ahora no puede equivocarse  
entregándose a un placer sin aguijón, colmillo o espuma,  
allí donde hay labios que nunca se abrirán.  
El alma se escurre del cuerpo  
y la carne se arranca de los huesos, sin congojas,  
como el rocío cuando cae desde las campánulas.

Es suficiente: el principio y el fin  
son para ti una y la misma cosa, para ti que estás  
más allá de cualquier límite.  
Oh mano separada del amigo,  
sin frutos que recoger o victorias por alcanzar.  
Lejos del triunfo, de los diarios afanes y del deseo ,  
sólo hojas muertas y un poco de polvo.  
Oh quietos ojos cuya luz nada nos dice,  
los días se acallan; tampoco hay noches  
para silenciar tu mirada.  
Pensamientos y palabras se apagan;  
dormir, dormir para ver la luz.  
Ahora todas las horas y amores extraños han terminado;  
sólo sueños y deseos, canciones umbrías.  
Quizá has encontrado tu lugar  
entre las piernas de la mujer de un Titán, pálida amante,  
reclamando de ti agrestes visiones  
bajo la sombra de su cabeza, de sus prodigiosos pechos,  
de sus poderosos miembros que inclinados te adormecen,  
con todo el peso de sus cabellos  
cuyo aroma evoca el sabor y la sombra de antiguos bosques de pino  
donde aún gime el viento tras haber sorteado húmedas colinas.

¿Has encontrado alguna similitud para tus visiones?  
Oh jardinero de extrañas flores: ¿cuáles brotes,  
cuáles capullos has encontrado sembrados en la penumbra?  
¿Existen acaso desesperanzas y júbilos?

¿Qué clase de vida ésta, qué hay de la ruina o la bondad?  
¿Son las frutas grises como el polvo o brillantes como la sangre?  
¿Crece alguna semilla para nosotros en aquella landa sombría?  
¿Hay raíces que germinen en sus yermas campiñas,  
allí, en las tierras bajas donde el sol y la luna se acallan,  
donde todas las estrellas enmudecen? ¿Hay flores o frutos?

Ah, mi volátil canción irrumpe  
ante ti, insigne entre los bardos,  
tú, veloz como ninguno.  
Presiento oscuras burlas en la risa misteriosa  
de los guardianes de la muerte, ciegos y sin lengua,  
cubriendo con un velo la cabeza de Proserpina.  
Desoladas lágrimas  
que caen desde ojos entumecidos,  
que resbalan por pálidas bocas llenas de estertores.  
Son éstas las cosas que atribulaban tu espíritu  
cuando las veías emerger.

Demasiado lejos te encuentras ahora; ni siquiera  
el vuelo de las palabras puede alcanzarte;  
lejos, muy lejos del pensamiento o de la oración.  
¿Qué nos incomoda de ti, que sólo eres viento y aire?  
¿Por qué asomarnos al vacío abatidos de dolor?  
Fantasías, deseos, o sueños hambrientos de muerte,  
como ráfagas ardientes.  
Nuestros sueños persiguen nuestra muerte y no la encuentran.  
Aun así, por rápida que ésta sea, un tenue ardor se desvanece de nosotros,  
mortecina luz que cae desde cielos esquivos  
cuando el oído está sordo  
y la mirada se ensombrece.

Nunca más te volveré a ver;  
sólo un destello del triste sonido de tu alma,  
la sombra de tu espíritu fugaz, este pergamino cerrado  
en el que pongo mi mano sin dejar que la muerte separe  
mi espíritu de la comunión con tus versos.  
Estos recuerdos y estas melodías  
que abruman el fúnebre y oscuro umbral de las musas;  
las saludo, las toco, las abrazo y me aferro,

con mis manos prestas a ceñir,  
con mis oídos despiertos al clamor  
de tantos enlutados por la vida.

Yo soy uno de ellos, sollozando  
ante piras que arden, acumulada la tierra,  
ofreciendo libaciones a la muerte y sus dioses,  
saludando con reverencia a los deudos,  
sin plegarias ni alabanzas,  
brindando mis ofrendas a sus inefables deidades,  
que de miel y esencias están sembradas mis tierras  
mientras mis frutos se alzan en el gélido aire.  
Como Orestes, deposité en tu sepulcro  
un rizo de mi cabello desgreñado.

No hay manos capaces de traicionarte  
ni de postrar tu cabeza, oh rey,  
como cuando a llamas fue reducida la misma Troya.  
Sobre este polvo tuyo  
ninguna lágrima habrá de brotar.  
No hay llanto como el que los hombres  
escuchan caer desde las lágrimas eternas,  
en las hojas abiertas de las páginas de los santos poetas.  
Ni Orestes ni Electra se conduelen de tu suerte;  
pero arrodillándose desde sus urnas inmemoriales,  
las más altas musas de todos los tiempos  
gimen por ti y hasta el mismo Dios en su corazón te añora.

Así, aun cuando aquí entre nosotros  
Dios esconda su sagrada fuerza  
y nos oscurezca  
sin manifestar su música y su poder  
con el suave ardor de canciones sonoras,  
quiso sin embargo tocar tus labios con vino amargo  
y nutrirlos con su agrio aliento.  
Seguramente de sus manos el alimento de tu alma viene.  
Las llamas que atemorizaron tu espíritu con su fulgor  
al mismo tiempo lo iluminaron, alimentando tu corazón hambriento  
así como al nuestro lo sacia con fama.

Y ahora, en el ocaso de tu alma,  
el Dios de todos los soles y canciones se inclina  
para unir sus laureles con tu corona de cipreses.  
Es Él quien guarda tu polvo de la culpa y del olvido.  
Sabiedo todo lo que fuiste y eres,  
compasivo, melancólico, sagrado en cada orilla del corazón,  
lamenta tu muerte como la muerte de sus hijos  
y santifica con extrañas lágrimas y ajenos suspiros  
tu boca sin palabras, tus ojos enlutados,  
y sobre tu yerta cabeza  
deposita su luz.

Desearía sollozar junto a ti en las orillas del Leteo,  
abrazar con mis lágrimas su cambiante curso,  
llegar hasta la escarpada colina donde Venus consagra su culto,  
aquella que después fue cambiada  
por Citerea , perdiendo sus labios y su aliento  
la divina risa de la antigua Grecia,  
desde que dejamos de llamarla Ericina.  
Un fantasma, un dios abyecto y lascivo:  
tú también te postraste a su carne,  
por ella entonaste canciones  
y te apartaste hacia una tierra desconocida  
mientras ardían las sombras del Infierno.

Sé que ninguna corona brotará de estas flores;  
que ningún saludo atraerá la luz.  
Tan sólo un espíritu enfermo en medio de la noche dulce y olorosa,  
los cansados ojos del amor con sus manos y su pecho estéril.  
No hay remedio para estas cosas; ya no hay nada  
por alcanzar o enmendar; ni siquiera nuestras canciones, querido amigo,  
despejarán el misterio de la muerte asegurando la inmortalidad.  
Pero no por ello dejaré de hacer música para ti  
cubriendo tu polvo con rosas, hiedras o vides silvestres.  
Así al menos depositaré una guirnalda  
en el relicario donde moran tus sueños.

Descansa en paz. Si la vida fue injusta contigo, buscamos tu perdón.  
Si acaso fue dulce, debes agradecer y olvidar.

Aquel mortecino jardín  
donde día tras día tus manos entrelazaban estériles flores,  
flores urdidas en el sigilo y la sombra;  
en sus verdes capullos encontraste sufrimientos y abyecciones,  
en sus grises vestigios el penetrante sabor del veneno,  
corazón iluminado,  
pensamientos y pasiones desatados desde lo más profundo del sueño;  
pero ahora te alejas, abatido por la muerte  
que a todos habrá de herirnos  
cuando nuestros días expiren.

Para ti, hermano mío,  
alma sumergida en el silencio.  
Recoge de mi mano esta guirnalda y despídete.  
Delgadas son las hojas y baldíos los inviernos.  
La tierra, nuestra madre fatal, se enfría a tus pies;  
de sus entrañas brota la tristeza  
y en medio de sus pechos asoma una tumba.  
Mas, de cualquier modo, conténtate, porque tus días han acabado  
y ya no hay desasosiegos  
ni visiones ni cantos hostiles que turben tu sueño,  
sol que apagas todos los vientos,  
orilla que recoges todas las aguas.

## ANTES DEL OCASO

El crepúsculo del amor se agolpa en el cielo  
aún antes que la tierra se pueble de sombras;  
antes que el temor estalle en escalofríos,  
el crepúsculo del amor se agolpa en el cielo.

Antes que el voraz corazón se lamente  
«es demasiado o no lo bastante escaso»  
y el labio sediento se detenga.

.

Acariciando el cuello de cualquier paloma  
las manos del amor abandonan la rienda.  
Y mientras buscamos la luz del amor,  
su crepúsculo se agolpa en el cielo.

#### ATALANTA EN CALIDÓN (fragmento)

Los dioses no preservan la justicia de las garras del destino;  
lastiman la boca del noble y la boca del impío;  
sangre corrupta dejan correr por las venas del hombre piadoso;  
mancillan el labio del más devoto y el labio del traidor.

## EL UNDÉCIMO LIBRO DE “LA ODISEA”

Homenaje a C.M. Bowra y Oswald Spengler

“Yo más querría ser siervo en el campo de cualquier labrador sin caudal y de corta despensa que reinar sobre todos los muertos que allá fenecieron”<sup>6</sup>, advierte la sombra de Aquiles en el Hades, la yerma región de ultratumba, abatida por el infortunio de la muerte. Este fragmento, ubicado en el undécimo libro de *La odisea*, donde se relatan las vicisitudes del peregrinaje de Ulises al mundo abisal de los muertos, nos habla por sí solo del profundo amor por la vida terrenal que respiraba el helenismo homérico.

El universo homérico –respecto al cual son admirables las lecturas de Bowra y Griffin, muy inspiradoras a la hora de escribir estas líneas– parece arraigar en un acaecer inacabado, siempre en tránsito de hacerse. La devoción por la vida, en su aquí y su ahora, era presumiblemente parte de esa trama: se la bendecía como un momento providencial, nunca firme, pero cuya circunstancialidad era su paradójica fortaleza, pues sólo en lo eventual cabe el sagrado hábito de la memoria y el reto de la expectativa. Por eso el espíritu del héroe, sabiéndose quizá condenado a contentarse con la esquiva satisfacción de una vida fugaz, se resigna ante el destino.

Leer a Homero nos demanda mirarnos en lo somos. Casi como un pretexto necesario. Lo digo a modo de confesión muy íntima, aunque suene a digresión. Y es que la urgencia con la que buscamos un concierto entre lo humano y su destino está, sospecho, crecientemente marcada por una insoslayable vacilación frente al curso de los sucesos y designios como magnitudes cerradas, premunidas de un sentido configurador y resolutorio. Cada vivencia la asumimos como una dimensión confinada a su propia e insondable provisionalidad. Sólo somos una expectativa; no una determinación. De esta forma, el complejo laberinto de sucesos que urden

---

<sup>6</sup> Homero. *Odisea*. Trad. De José Manuel Pabón. Editorial Gredos, Madrid, 1993, p. 279.

nuestra existencia, no va cincelando eslabones definidos y definatorios; nada se asienta como algo medianamente persistente dentro de la marea vertiginosa de acontecimientos que nos embargan. Y, entonces, al igual de lo que ocurre con los héroes homéricos, sólo con la muerte las aguas del tiempo parecen quietarse, alcanzando la conclusividad que no tuvieron en vida. Y esa conclusividad es la que llama al horror. La supervivencia cautelada por la memoria es únicamente un respiro a medias; a lo sumo cumple una función admonitoria: que sólo al polvo nos debemos, ese polvo que es el sedimento de nuestro pretérito y de nuestra posteridad en el presente agotado de la muerte.

Desde esa perspectiva, el descenso de Ulises al Hades, con su dosis de desengaño ante formas de perpetuación de lo humano más allá de este mundo, nos conmueve al evocar la huella una cultura trágica que jamás embelleció a la muerte, que no invocó fueros frente a ella, porque sabía que a todos nos troncha por igual. Y nos troncha con la ruina de lo definitivo: sombras inertes en las oscuras catacumbas del Hades. La tristeza de Ulises, entonces, la hacemos nuestra: es la tristeza de un hombre ante el asedio de lo irremediable, ante la erosión de su propia contingencia.

## BORGES: UN RECUERDO PERSONAL

“Sediento de saber lo que Dios sabe.”

“El Golem”

Fue en una calurosa tarde de fines de febrero de 1981, junto a mi familia, en su departamento de Maipú con Marcelo Torcuato Alvear. Sentado en un desteñido sofá verdoso, dando la espalda a una generosa biblioteca presidida (según creo recordar) por el retrato de Swedenborg, su voz gutural, algo vacilante, recitó el Padrenuestro en antiguo anglosajón. Lo hizo a su manera, “con previo fervor y con una misteriosa lealtad”<sup>7</sup>. Su voz me emocionó. Borges se replegaba. Era casi como un reto. Aventuré, entonces, que más allá de las fatigas de la duda (“Yo diría que creo en Dios a pesar de la Teología”, dijo en una entrevista con Richard Burgin), cada verso destilaba un vigoroso sentimiento religioso. Al acabar, cruzó las manos; luego suspiró ligeramente abriendo un dilatado silencio.

Es ilustrativa la anécdota que Goethe refiere de Lessing, quien suponiéndose interpelado por Dios acerca de si le gustaría que la verdad fuese puesta a su alcance, se habría negando, alegando que por nada renunciaría a buscarla por sí mismo. Sospecho que esa respuesta retrata también a Borges, auscultador infatigable de perplejidades. “Sé que en la sombra hay Otro – refiere en su poema “El Laberinto”–, cuya suerte/ es fatigar las largas soledades/ que tejen y destejen este Hades/ y ansiar mi sangre y devorar mi muerte./Nos buscamos los dos. Ojalá fuera/ éste el último día de espera”.<sup>8</sup>

Es dable fantasear, a propósito del tema del laberinto, y aun a costa de falsear al autor, una epifanía borgeana nutrida en las especulaciones de cabalistas y visionarios, en la mística de autores como Plotino o en las

---

<sup>7</sup> Es el atributo de los clásicos, según leemos en “Sobre los clásicos”, de *Otras Inquisiciones*, p.151 del tomo II de sus *Obras Completas*, editadas por Emecé en Buenos Aires en 1989.

<sup>8</sup> Los poemas de Borges citados en este recuerdo están cotejados con la última edición su *Poesía Completa* publicada por Lumen, en Barcelona, en 2018.

teofanías de un Hegel o un Eriúgena. Alguna vez quise escribirla llamándola “Borges apócrifo”, una invención a propósito del autor, jugando con citas inexactas y atribuciones erróneas. Me la imaginaba así: el mundo era una hierofanía, la divinidad se desboblaba en símbolos para manifestarse. De esa emanación surgía lo creado, que se tejía y destejía, en avances y repliegues, donde lo divino se multiplicaba y se disgregaba en lo particularizado para volver a agruparse. Las dos caras del símbolo eran la rúbrica de esa fractura: lo uno se hacía otro y se sentía ajeno; añoraba el paraíso de la integridad perdida. La conciencia humana era el texto de ese drama. Un pasaje de “La larga busca” me resultaba muy ilustrativo: “Anterior al tiempo o fuera del tiempo (ambas locuciones son vanas) o en un lugar que no es del espacio, hay un animal invisible, y acaso diáfano, que los hombres buscamos y que nos busca”.

Las dimensiones de ese “animal invisible” de la supuesta teofanía borgiana que estaba aventurando podían ser múltiples y reveladoras. Había guiños y alusiones ilustrativas en sus poemas y ensayos. Me gustaba vislumbrar la Voluntad de Schopenhauer, impulso cósmico, total; o el Uno de Plotino, arcano e inescrutable; o también ciertos efluvios panteístas a la manera de Emerson, con el alma del mundo como un río incorpóreo que fluye sin cesar a través de los hombres. Cualquier analogía era posible. Mi tentativa finalmente se frustró. Y culpé a un Borges que haciendo uso de pistas falsas tendía una trampa desorientadora. Tal vez porque el verdadero salto hacia lo inefable exige una apuesta abandonando peticiones de principio. La provisionalidad del universo, en definitiva, no admite ser comprimida en un dogma. Y Borges, hacedor astuto, no lo ignoraba.

Borges tardó en sobreponerse al silencio. Nos confió, pudorosamente, su extenuante búsqueda de Dios. Hoy, al recordarlo, no me olvido de ese gesto. Nos abrió a una dimensión íntima que no esperábamos. Han transcurrido casi tres décadas desde aquella visita –yo entonces contaba con sólo quince años– y el timbre de su voz no me abandona. Hombre de lealtades, admirador del coraje, peregrino memorioso que, más allá de las fatigas y desencantos, pugnaba por encontrar la salida del laberinto. Tal vez porque atisbaba de la mano de Spinoza (como dice en “Borges y yo”) la voluntad de cada cosa por “perseverar en su ser”.

## GEORG TRAKL Y LA DISOLUCIÓN DE LA PALABRA

Para Aldo Pellegrini

El suyo, se ha insistido por figuras como Heidegger, fue el canto de un poeta que hace del alma “una cosa extraña en la tierra”. Esa alma, añade el filósofo, está “destinada a un sendero que no lleva a la degradación, sino, por el contrario, al ocaso”.<sup>9</sup> Mi lectura, en cambio, más cercana a Pellegrini y Modern, prefiere verlo en otra dimensión: la de ese esfuerzo final por escudriñar una voz para quienes han sido desalojados de la vida, por estatuir la posibilidad de un lenguaje desde el estupor del deterioro y la muerte. Leer a Trakl es abandonarse a un horizonte crepuscular donde sentimos que la palabra se transforma en un ejercicio fronterizo entre la vida y la muerte. Es, entonces, una señal de la desintegración del poeta en el poema, cuyo estigma es el naufragio en lo inefable.

En cierta medida entreveo en Trakl una afinidad con la sospecha de autores como Nietzsche o Hoffmannsthal, con la palabra tensionada al límite, reasumiéndose desde el silencio. El pacto entre el mundo y el lenguaje cobra aquí un sentido singular. Y es que el nombrar ya no es simplemente un itinerario por bruñir la vivencia, premunirla de vigor o de irla cincelandó en la palabra; la poética de Trakl, más bien, podría entenderse bajo el hilo conductor del desasosiego, asomando desde una soledad que se ve a sí misma

---

<sup>9</sup> Heidegger, Martín. *Georg Trakl. Una Localización de su Poesía*. Trad. De Hernán Zucchi. Publicado en Trakl, Georg. *Poesías*. Editorial Carmina, Buenos Aires, 1970, p. 59.

empecida en deponer la postración en el vacío, la nihilidad de lo humano. Reticiente a su propio destino, su voz apremiante se convierte en un inquietante rasguño que pugna y capitula de cara al paisaje inmóvil de su propia declinación.

Enfrentado a un mundo menoscabado y menoscabante, cuando el porvenir es apenas un despojo, una sombra mutilada por la miseria y la muerte, la perturbación se vuelve avasallante. Es como el ondear de una vida a media asta, atrincherada en una atmósfera agobiante que ha expulsado lo salvador al calabozo de lo indecible; así, objetos, afectos y seres, despojándose de cualquier manto protector, se precipitan una y otra vez a la orfandad. Trakl recurre imágenes de una melancolía envolvente y juega con el cromatismo – con el azul y el verde en un contrapunto protagónico– ; se palpa el asedio reiterado de atmósferas fúnebres y hay una obsesión por la pureza perdida.

Estragado por un firmamento que bien podría asimilarse –para citar el verso de Swinburne, a “dudosos sueños de sueños”<sup>10</sup>, cuando la realidad deja de ser bienvenida o cobijo, el poeta, como si quisiera tronchar la voz, a la sombra de una pertinaz desilusión, se repliega en un quieto y dilatado crepúsculo.

Dijo Hofmannsthal en su “Poética”<sup>11</sup>:

“¡Terrible es este arte! Hilo de mi cuerpo el hilo,  
Y este hilo es también mi camino en el aire” .

La encrucijada de Trakl estuvo también es esa cuerda floja: el triunfo del poema, diríamos, está en su opacidad, en ese choque de superficies donde la palabra es asilo y desamparo, bautizando y desbautizando un territorio escuálido y agónico, donde lo nombrado asoma desde el estupor y el aislamiento, a veces incluso mancillando lo que nombra, como si la voz se precipitara a un laberinto cuyo asalto es el estadio final de la declinación, antes de que asome el silencio que todo lo remansa. Quizá, verosímilmente, sea esa la vocación más genuina del poema.

---

<sup>10</sup> Véase en este mismo libro el poema “El jardín de Proserpina”.

<sup>11</sup> Hofmannsthal, Hugo von. *Poesía Lírica, seguida de Carta a Lord Chandos*. Trad. De Olivier Giménez Gaviria. Ediciones Igitur/Poesía, Tarragona, 2002, p. 128.

## LOS SONÁMBULOS

Para César Tejedor

Ya con los sofistas, como señala Landmann, “toda verdad aparente, en la cual nos movemos, se ajusta fundamentalmente a nuestra naturaleza subjetiva. El conocimiento no representa un mundo subsistente independiente de nosotros”.<sup>12</sup> Uno podría añadir: quizá entonces el saber dejó de significar una actividad cuya referencialidad a un objeto externo estuviera plenamente garantizada. ¿Cómo entonces resolver la urgencia de imponerle un orden hospitalario al curso ciego de la naturaleza, sometido a un devenir que se escapa de las manos? Ese dilema reaparecerá con Descartes a la cabeza, en un momento inaugural de la modernidad, cuando la solidez objetiva de lo real sea puesta en entredicho. Ya el mundo no será una presencia cierta. Hume, posteriormente, negará la noción de sustancia. El golpe decisivo, de la mano de la física de Galileo, lo dará Kant. La física de Galileo, para explicar el movimiento de los cuerpos, según nos recuerda Xavier Zubiri en sus *Cinco lecciones de filosofía*, es a este respecto ejemplar: se funda sobre “el supuesto de que las cosas giran en torno al entendimiento”.<sup>13</sup> Kant –agregará Zubiri– intentará adaptar la revolución de Galileo al mandato de la filosofía, lo que significa emplazar el eje gravitacional desde la realidad al entendimiento. ¿Cuál es la conclusión? Escuchemos a Zubiri: “El objeto sensible, en cuanto objeto, ha de constituirse, pues, como objeto gracias a las condiciones del entendimiento. Y como el espacio y el tiempo son formas *a priori* de todo objeto *sensible*, resulta que esta aprioridad es justo lo que hace que forzosamente el objeto sensible esté formalmente sometido *a priori* a las condiciones *a priori* de todo *objeto* en cuanto tal, es decir, a las condiciones del entendimiento”<sup>14</sup>.

---

<sup>12</sup> Landmann, Michael. *Antropología Filosófica. Autointerpretación del Hombre en la Historia y el Presente*. Trad. De Carlos Moreno Cañadas. Editorial Uteha, México, 1961, p. 44.

<sup>13</sup> Zubiri, Xavier. *Cinco Lecciones de Filosofía. Con un Nuevo Curso Inédito*. Editorial Alianza, Madrid, 2009, p. 71.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp. 84 y 85.

El mundo no estará supeditado entonces más que a fenómenos, un mundo cuya esencia nos rehuye, escurridiza . Hubo quienes sospechando de un universo sustentado desde la pura provisionalidad de lo tangible, intentaron aventurar una salida a ese laberinto asfixiante, clausurado por el pensamiento. Pero el camino es áspero y la salida nada fácil. La conciencia se abre como un precipicio ante un paisaje desdibujado y desconocido.

¿Nos desplazamos acaso como en un mundo fantasmal? ¿Es que todo sólo es una asamblea espejismos? Schopenhauer aventuró que “la vida y los sueños son páginas de uno y el mismo libro”<sup>15</sup>. El paso desde la conjetura a la certeza nos abrumba. Por eso Tennyson, espíritu sagaz, auscultando tal vez el naufragio ante lo real, esculpió estos hermosos versos –admirados por Unamuno y cuya versión retraduzco– que resumen tantos siglos de asombros y sospechas:

“No puedes demostrar lo innombrable,  
oh hijo mío, ni puedes demostrar  
el mundo que habitas.  
No puedes demostrar que eres  
sólo carne, ni puedes demostrar  
que eres sólo alma; tampoco  
que ambos sean uno. No puedes  
demostrar que eres inmortal, no,  
ni siquiera que eres mortal; no,  
hijo mío, no puedes demostrar  
que yo, ahora hablándote a ti,  
soy sólo un monólogo tuyo;  
nada digno de ser probado  
admite pruebas o refutaciones”.<sup>16</sup>

---

<sup>15</sup> Schopenhauer, Arthur. *The World as Will and Representation*. Trad. E.F. Payne, Dover, New York, Vol I, p. 18.

<sup>16</sup> Tennyson, Alfred. *Tennyson Poetry*. Robert Hill, editor. Norton Critical Editions, New York, London, 1999, p.544.

## ELOGIO DE LA MELANCOLÍA

El rotundo escándalo de la muerte, empozado en vida, encuentra su antesala más palpable en la melancolía. El abismo de lo irremediable se exhibe en ella como en un simulacro. Muerte en vida, le llaman algunos. Yo prefiero acuñarla como trampa salvadora. Porque nos induce al curso inverso de acción: incómodos ante la terminalidad de lo concluso, nos obliga a vivir bajo la premura de lo transitorio. O para ser más precisos: es esa la estela en la que la melancolía se transforma en fuerza para no retenernos en nada. Así hablamos entonces del más posesivo de los desposeimientos. Urjido por su provisionalidad insoslayable, el hombre es el mejor heredero del hombre, con la melancolía como fundamento dinámico de su quehacer.

La naturaleza multidimensional de lo humano exige trabajarle nuevos rostros a la melancolía: ya sea como “carácter de la mortalidad” (Burton) o, también, a su vínculo con el duelo, tal cual asoma en los trabajos de Freud o Ricoeur. Y es que la existencia, al asomarse inacabada y contingente, nos sacude de manera inderogable desde el abrigo y el desamparo como las dos caras inexcusables de una misma moneda. Lejos, pues, de ser pasto de miserias, la melancolía, como muchos han reconocido, brinda al hombre su estocada liberadora. Chestov estaba en lo cierto al afirmar en su estudio sobre Kierkegaard que la filosofía, en su génesis, fue hija de la desesperación, no del puro asombro. Y Hölderlin, cuando encaró su propia orfandad con aquellos hermosos versos que conjuran lo salvador en medio de la irrupción del peligro, probablemente advirtió que lo frágil puede ser el expediente de quien genuinamente desea tomar posesión de sí.

La melancolía, a veces pertinaz y a veces dúctil, gusta del claroscuro. Desde esa paradójal opacidad luminosa se revela como esperanza de un ser cuya indigencia, genuinamente asumida, es aspiración a culminarse en la gratuita posibilidad de una vida que toca a su puerta como una llamada desnuda, desde lo desconocido, y no como una llave monótona que anda tropezando siempre con la misma cerradura.

